

Patricia Cardona Zuluaga

Doctora en Historia (2014) de la Universidad de los Andes, con Maestría (2002) y pregrado (1996) en esta misma área de la Universidad Nacional de Colombia-sede Medellín. Entre sus publicaciones se destaca, *Trincheras de tinta. La escritura de la Historia patria en Colombia, 1850-1908* (Medellín: Fondo Editorial EAFIT, 2016).

Silva, Renán. *Cuestiones disputadas. Ensayos sobre Marx, Freud, Foucault, Bourdieu y Bloch*, Bogotá, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Ediciones Uniandes, 2016, p. 240

Pocas veces un libro académico logra posicionarse en el esquivo mercado editorial como uno de los más importantes que se publican en el año. Ese es precisamente el caso de *Cuestiones disputadas*, escrito por Renán Silva, uno de los más reputados historiadores del país. Y uso el término de Historiador porque es el que mejor engloba su prolífica carrera académica y sintetiza, de forma más clara, los diversos ámbitos en los que ha dejado huella. El profesor Renán no entiende el trabajo académico escindido; para él sus clases son tan importantes como sus investigaciones. Los dos ámbitos funcionan como una continuidad que permite una visión renovada de sus lecturas y de sus búsquedas, el hallazgo de nuevas preguntas y, sobre todo, nuevas y siempre inspiradoras formas de ver el mundo que nos rodea. Por otra parte, y como bien lo plantea a lo largo del texto, Renán Silva, elude las falsas oposiciones. Su trabajo es un permanente recordatorio de que teoría y práctica no son esferas opuestas, sino que deben operar como aspectos relacionados, como ámbitos de diálogo permanente que enriquecen los análisis y permiten una visión enriquecida de los diversos ámbitos de la vida humana.

Aunque el libro se ocupa en sus cinco capítulos de varios autores y un conjunto de textos, en cada uno de ellos desarrolla una problemática de las ciencias sociales y humanas y, en particular, de la historia. Problemas como las falsas oposiciones, la concepción doctrinaria de los autores y los textos, el uso que se hace de estos sin tener en cuenta las condiciones de producción y de uso, la apelación a los padres fundadores de las disciplinas, la falta de un

sentido crítico frente al saber y al quehacer académico, la separación entre teoría y práctica, la necesidad del pluralismo teórico como condición de posibilidad del trabajo académico y del conocimiento, etc., constituyen un cuerpo de problemas enunciados y desarrollados a lo largo de los capítulos que componen el libro.

En cada página de *Cuestiones disputadas* se evidencia una crítica contra el absurdo modelo académico en el que la competencia, el afán de visibilización de las instituciones y de los investigadores, y la acuciosa carrera por leer los últimos hallazgos, las panaceas prometidas por las modas intelectuales, han enmarcado el quehacer académico. Estos aspectos, convertidos en imperativos, han eclipsado las prácticas de lectura detenida y sistemática, se han echado en el olvido autores clásicos, y se ha impuesto la práctica de replegarse a modas “intelectuales” que limitan la comprensión de nuestro contexto a fórmulas vacuas, que rápidamente son reemplazadas por otras, igualmente vacuas.

El libro del profesor Renán es un llamado a volver a la lectura detenida, no con el prurito instrumental de atender a la tarea de recopilar, a manera de un largo listado, informaciones para hacer gala de erudición a través de la recitación de pasajes célebres. Su libro convida a la lectura reflexiva (aquella que permite reconocer los contextos históricos en los que han surgido los textos), y a detenerse en eso que pasa inadvertido en una ojeada rápida: las discusiones que cualquier texto desarrolla, la incidencia de autores y teorías y el arsenal empírico que está en la base de los grandes

escritos producidos por el conocimiento humano, especialmente por las ciencias sociales y humanas en los últimos siglos.

El libro también es una invitación a regresar a los autores clásicos pero de una manera renovada, despojándose de esas lecturas doctrinarias que convierten un texto en verdad incuestionable y que poco favor le hacen al análisis y a la reflexión que debe acompañar el trabajo intelectual. Tampoco se trata de encuadrarlos desde el punto de vista de la “gran teoría”, capaces de responder todo tipo de preguntas, habilitados para convertirse en supramodelos a los que se doblaga el trabajo de investigación; de esta manera el estudio de una “situación dada” termina por convertirse en un calco de la teoría, a la que forzosamente se amolda una realidad. El llamado de *Cuestiones disputadas* es a estudiar autores y teorías insertos en las condiciones sociales específicas en las que fueron producidos, tener la mirada puesta en las discusiones a las que atendían, advertir los marcos polémicos en los que se inscribían, no perder de vista a las circunstancias sociales y personales que afectaban a los autores, y analizar los modos en los que los textos fueron publicados, leídos y divulgados, y las transformaciones sufridas en sus sentidos.

En *Cuestiones disputadas* los textos y los autores incluidos son estudiados en sus propias condiciones de producción y circulación, destacando en ellos las consideraciones de la época en la que fueron elaborados. Además, en cada capítulo se hace un seguimiento sistemático a los procedimientos investigativos de los autores

y textos nucleares, resaltando la minuciosidad implícita que demandan la investigación y la elaboración teórica, y las situaciones sociales e individuales inherentes a la vida de los autores, presentes subrepticamente o no en los textos. Esta idea lleva a replantear nociones como la de *obra*, que no es más la forma que le da el uso social a los textos, y que termina por hacer de ellos instrumentos “destinados a tareas que no estaban en su propósito inicial” (p. 7).

Renán Silva nos recuerda que lo que comúnmente llamamos “obra de un autor”, es, la más de las veces, un conjunto de textos disímiles, muchos de ellos inacabados, que ocasionalmente suponen retractaciones de escritos anteriores, pero que, por efecto de comentaristas y editores, terminan agrupados bajo una forma homogénea. Generalmente, la *obra* responde más a una visión doctrinaria, cerrada y acrítica, promovida por los defensores del “legado” del autor, que a una visión que restituya las condiciones propias de producción y circulación de los diversos escritos y que es, justamente, la que permite que, leídos a la luz de los problemas actuales, mantengan su relevancia.

Renán Silva, siguiendo a Nietzsche, propone la lectura como una rumia, esto es, como una labor atenta y silenciosa, exigente porque reclama una actitud activa; en la que el lector debe dejar de ser el discípulo áulico, para convertirse en un verdadero interlocutor, un sujeto laborioso que dinamiza los textos con sus propias preguntas, que extrae de ellos lo que dicen, pero también aquellos elementos que los posibilitaron. Alguien que es capaz de discernir las relaciones

entre el trabajo empírico y teórico, y, sobre todo, que tiene la habilidad de ver el texto en su contexto, sin que ello limite su capacidad de significación en sociedades que ya no cumplen cabalmente con las coordenadas de su momento de producción.

Renán Silva hizo una extensa y minuciosa revisión documental, un ejercicio de análisis que elude los acartonamientos doctrinarios y devela la riqueza histórica, social y cultural que se encuentra en los autores y en los escritos de los que se ocupa. Este trabajo se encuentra claramente evidenciado en las notas al pie y en la referenciación, un verdadero deleite para quien gusta de la precisión conceptual y del seguimiento metódico a la arquitectura que soporta una investigación. Por otro lado, Renán recuerda a los lectores que la función de su texto es, fundamentalmente, pedagógica; por lo tanto las reiteraciones y los énfasis puestos en algunas problemáticas se entienden por el deseo de remarcar en el lector asuntos que atañen a la formación en ciencias sociales y humanas y al desarrollo de la autocrítica como práctica central e inherente a las labores académicas.

El primer capítulo, llamado “Marx investigador”, propone una mirada a un autor muy mencionado, poco conocido y generalmente interpretado desde una perspectiva doctrinaria, una especie de “evangelio general sobre el curso del mundo” (p. 12). En este capítulo, lleno de maravillosas anotaciones, Renán despliega el conocimiento que tiene de Marx, de la época en la que escribió y de las vicisitudes económicas y sociales en las

que vivió. Señala que gran parte de los textos sobre los cuales se sustentó el marxismo fueron producto de las idealizaciones de Engels y de los comentaristas posteriores. En el capítulo se nos recuerda que Marx fue un investigador empírico de la sociedad de su tiempo y que a la vez fue un periodista (una profesión nueva en su época), que produjo textos destinados a diversos públicos: por un lado, una obra analítica que no fue publicada en vida del autor (excepción del primer tomo publicado por fascículos en 1867); y por otro, textos propagandísticos que vieron la luz en diversos periódicos de su época.

Además del estudio de la obra de Marx, este capítulo hace hincapié en varios puntos que deberían ser postulados cotidianos de investigadores y académicos: la necesidad entre crítica y libertad de pensamiento, la capacidad de ver el presente sin abandonar la filosofía, el respeto a los lectores, el rigor en la demostración y en las pruebas y el conocimiento cuidadoso del ámbito teórico de la investigación, el conocimiento de la tradición filosófica sin que ello implique servilismo frente a ella y, finalmente, la lectura crítica inseparable del proyecto de escritura.

El segundo capítulo, “Freud de vacaciones. Profesiones liberales, clases medias y formas recientes del turismo en Europa”, se distancia de las manidas formas de abordar a Sigmund Freud como el “padre fundador del psicoanálisis”, y lo estudia en el horizonte propio de su época: un hombre de clase media, ligado a la familia y atraído por el dinero, el confort y el consumo; en definitiva, un hombre de su tiempo. Para tal

propósito, y sin descuidar los textos analíticos, Renán Silva convierte las cartas de viaje en fuente básica, a las que se acerca con una serie de preguntas que develan aspectos centrales de los postulados generales del psicoanálisis y de Freud. Los viajes de Freud fueron una experiencia renovadora, un proyecto de conocimiento y contemplación del mundo; las cartas fueron la forma de sistematización de esa observación y fruición de nuevos aprendizajes, un medio idóneo para contar a otros lo visto, una escritura para conservar la memoria de lo visitado y una vía de circulación de la cultura. En este capítulo se remarca una práctica clave de la investigación: la de acercarse a los documentos (cualquiera sea su naturaleza) con preguntas que orienten la pesquisa, dirijan la lectura y organicen la escritura. Si bien el objeto son las cartas de viaje, las preguntas buscan la comprensión del ciclo vital de Freud en relación con su trayectoria individual, así se organizan de manera dialógica la experiencia singular con la cultura colectiva de la que Freud hizo parte, la misma que hizo de él lo que fue y que, a su manera, reprodujo.

“En defensa de un positivismo alegre. Michel Foucault en el archivo”, es el tercer capítulo y está dedicado a la exploración de M. Foucault. Aquí, Renán Silva desarrolla varias páginas a propósito de la polarización entre teorismo y empirismo que no ha producido más que innumerables desviaciones en el tratamiento de los problemas de investigación, tanto por el lado de quienes formalizan las teorías, ajenos a los aspectos más concretos de la experiencia humana, produciendo análisis absolutos a propósito de todo, como de aquellos que, basados en el

tratamiento empírico, terminan enjaulados en la datación anecdótica de los fenómenos.

Este capítulo es una exploración de una noción expandida de archivo, entendiendo que archivo no es sólo aquella documentación que se encuentra depositada en lugares para su conservación y catalogación, ni tampoco es una noción definida y esquematizada. Es, más bien, el producto de relaciones entre preguntas y documentos, una noción flexible que atiende al tratamiento analítico que se dé a los textos. En consecuencia la noción no es un *a priori* definible; el archivo se configura en función de los problemas y de preguntas sobre los ámbitos a investigar. Este capítulo atiende en particular a problemas como las falsas oposiciones entre teoría y empirismo, la necesidad de mantener un movimiento pendular entre estas dos a fin elaborar análisis circunscritos a momentos específicos, pero con la capacidad de arrojar pistas para entender, de manera interrelacionada, diversos aspectos de la vida social e individual. Llama la atención que, contraria a la exigencia de definición metodológica que se impone hoy en los proyectos de investigación (cuando aún no se empieza la indagación), se resalte que el método no es un punto de partida, sino que se halla al final, luego de una larga experimentación, de innumerables ensayos y de muchos errores.

“De la viga en el ojo propio. Sobre el autoanálisis como fundamento de las ciencias sociales”, es el cuarto capítulo y está centrado en Pierre Bourdieu y en el autoanálisis (no autobiografía), entendido como el despliegue de una dimensión autocrítica que permita una

exploración del propio trabajo. Este ejercicio pone en vilo el conocimiento que se cree adquirido y todas las certezas sobre los propios logros académicos. Es ésa una tarea difícil pues, además de la autocrítica, pone en suspenso el capital simbólico acumulado por el investigador, al tiempo que le exige una vigilancia crítica sobre los postulados, los procedimientos de su trabajo. Sin embargo, esta debe ser una labor permanente ya que obliga a una autoobservación constante, pero también a un trabajo de reflexividad sobre el ámbito en el que se haya inscrito. Este ejercicio de conocimiento intelectual pone en crisis, además de lo que se cree conocido, las elecciones afectivas que impulsan las decisiones de los investigadores acerca de los enfoques, las teorías y los mismos modos de divulgación. Así, se establece una mirada auto-reflexiva sobre el proceso de investigación, al igual que a la relación entre el individuo y la sociedad, a la investigación y el investigador, insertos en funcionamientos histórica y sociológicamente acotados.

El último capítulo, “el testimonio y el análisis histórico”, está centrado en Marc Bloch desde un punto de vista que trasciende el uso manualístico que se ha dado a su obra más conocida en el medio universitario: *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Propone que muchos de los problemas que han tocado y que siguen tocando al análisis histórico y a su propio estatuto historiográfico ya habían sido planteados por Bloch. El capítulo se detiene en las condiciones de testigo y testimonio, nociones tan caras al momento historiográfico actual y que hicieron parte de las preocupaciones presentes en la obra de Bloch. Ese influyente historiador francés llamó

la atención sobre la importancia de la crítica, de la actitud metódica frente a todo testimonio, no sólo porque en sí mismo pueda ser falso, sino porque en los dispersos recuerdos, en el error, en el falso dato, que ocasionalmente se desprende de los estados alterados de conciencia, se puede desglosar un tema de profundo interés. El capítulo encuentra un interés especial en las *fausses nouvelles*, en las versiones alteradas, las informaciones falsas que se producen en un determinado contexto social, y que más allá de un simple juicio de valor, deben provocar en el investigador inquietudes en procura de avanzar en el estudio de las situaciones sociales y culturales que están en la base de las fabulaciones colectivas. El análisis histórico debe atender, también, a la psicología y a la sociología como saberes que activan y enriquecen el conocimiento de las verdades socialmente aceptadas.

Los problemas relacionados con el testimonio y el testigo se desarrollan de manera particular después de la segunda guerra mundial, convirtiéndose el segundo en un protagonista central de la contemporaneidad y en un punto clave en las tensiones que se han producido en las últimas décadas entre historia y memoria, sobre todo su faceta de “víctima”, convertida en una especie de “tirano” que tiende a determinar el quehacer de la historia e incluso a reclamar su obsolescencia. Renán nos recuerda que no todos los trabajos se someten a la urgencia de la víctima, que hay campos importantes que no tienen por qué relacionarse de manera forzada con el tiempo presente. Indica que el trabajo de archivo (entendido éste en sus múltiples acepciones) sigue siendo el engranaje de muchas

investigaciones, así como el apoyo en técnicas y disciplinas no han dejado de ser relevantes. Finalmente, señala que la distinción entre memoria e historia, no constituye más que una falsa oposición que, cuando ha sido superada, ha producido trabajos que sin menospreciar el sufrimiento padecido por determinados grupos o individuos, tampoco hacen de su relato un absoluto categórico; más bien se plantean preguntas sobre la memoria, enmarcadas en problemas mayores que tienen que ver con la supervivencia, la transformación de la identidad y la capacidad de superar el mal pasado.

Cuestiones disputadas es un conjunto de razonamientos cuidadosos y sorprendentes, hechos después de largas jornadas de estudio y reflexión; es, a nuestro modo de ver, una remanso de lectura en tiempos en los que la voracidad de la producción académica nos condena a revisar, sin mucha profundidad, cientos de artículos que, rara vez, logran tejer la revisión documental con el trabajo teórico y reflexivo en torno a autores que han marcado las ciencias sociales y humanas, autores que ayudaron a perfilar nuestra presente comprensión del mundo, de la existencia y de la sociedad.

